



UNIVERSIDAD  
ACADEMIA  
DE HUMANISMO CRISTIANO

*Tesis*

Sociedad de control  
y tecnologías “psi”,  
una aproximación  
conceptual y analítica  
de su relación

Andrés Durán Pereira



RESUMEN:

UNA IMPORTANTE CANTIDAD DE AUTORES DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN GENERAL, PERO TAMBIÉN DE LA PSICOLOGÍA EN PARTICULAR, NOS HAN ADVERTIDO SOBRE LA SERIE DE MODIFICACIONES ACONTECIDAS A NIVEL DE LAS RELACIONES DE PODER EN LA ACTUALIDAD, PROPORCIONANDO HERRAMIENTAS CONCEPTUALES TANTO PARA COMPRENDER DICHO FENÓMENO COMO PARA ENFRENTARLO CON MIRADA CRÍTICA. EL PRESENTE ARTÍCULO INTENTA, POR UNA PARTE, DISTINGUIR ENTRE LAS MODALIDADES "DISCIPLINARIAS" DE DOMINIO DE LOS HOMBRES, COMO LAS QUE SE LOGRARON ARTICULAR DURANTE SIGLO XIX Y BUENA PARTE DEL XX, Y LAS FORMAS DE "CONTROL" ACTUALIZADAS EN NUESTRO TIEMPO. POR OTRA, SE TRATA DE VISUALIZAR ALGUNOS DE LOS ELEMENTOS DEL DISPOSITIVO "PSI" CONTEMPORÁNEO QUE PODRÍAN ESTAR EN CONSONANCIA CON LA MODALIDAD DE EJERCICIO DEL PODER DENOMINADA CONTROL.

**PALABRAS CLAVES:** SOCIEDAD DISCIPLINARIA, CIENCIAS PSI, SOCIEDAD DE CONTROL.

ABSTRACT:

A SIGNIFICANT NUMBER OF AUTHORS OF THE SOCIAL SCIENCES IN GENERAL, BUT ALSO OF PSYCHOLOGY IN PARTICULAR, HAVE WARNED US ABOUT THE NUMBER OF CHANGES OCCURRED AT THE LEVEL OF POWER RELATIONS TODAY, PROVIDING CONCEPTUAL TOOLS FOR UNDERSTANDING BOTH THIS PHENOMENON AND TO COPE WITH A CRITICAL EYE. THIS ARTICLE SEEKS, FIRSTLY, TO DISTINGUISH BETWEEN THE TERMS "DISCIPLINARY" DOMAIN OF MEN, AS THOSE ABLE TO ARTICULATE DURING THE NINETEENTH AND MUCH OF THE TWENTIETH, AND WAYS TO "CONTROL" UPDATED IN OUR TIME. IN ADDITION, IT IS DISPLAYING ANY OF THE COMPONENTS OF THE "PSI" CONTEMPORARY THAT COULD BE CONSISTENT WITH THE MODE OF GOVERNANCE CALLED CONTROL.

# Sociedad de control y tecnologías "psi", una aproximación conceptual y analítica de su relación.\*

Andrés Durán Pereira

## Introducción

Hasta mediados del siglo XX aún los "dispositivos psi"<sup>1</sup> funcionaron con importante comodidad por los distintos espacios que la sociedad había configurado, aun para aquella época una particular confianza les permitía circular sin sospecha ni reclamo por los recovecos de la ciudad. Su lenguaje, independientemente de las particularidades o matices, se había logrado asentar por doquier, lo mismo que ocurriría lentamente con las modalidades de trabajo práctico puestos en funcionamiento; el vocabulario psicológico, sus nociones específicas para explicar fenómenos o

\* Síntesis de la tesis para optar al grado de Licenciado en Psicología y título. Agosto 2011. Escuela de Psicología. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Autor: Andrés Durán Pereira. Psicólogo. E-mail: adiurant08@gmail.com.

1 Es necesario definir aquí dos conceptos que irán apareciendo en el artículo de manera reiterada; me refiero al concepto, por un lado, de lo "psi", y por otro, al de "dispositivo". En primer término, el concepto de lo "psi" es tomado de autor Nikolas Rose (1996) y refiere principalmente al conglomerado heterogéneo de saberes producido desde las ciencias psicológicas y psiquiátricas, a las disposiciones materiales de las que depende su funcionamiento, y las múltiples prácticas que logra estabilizar.

En segundo término, utilizo el concepto "dispositivo" en el sentido dado por Michel Foucault, vale decir: "en primer lugar un conjunto resultante heterogéneo que incluye discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas, brevemente, lo dicho y también lo no dicho, éstos son elementos del dispositivo. (...) el dispositivo siempre está inscrito en un juego de poder" (1991, p. 128).

las técnicas elaboradas para intervenirlos, gozaban de tan buena salud que casi prácticamente nadie pudo resistir a su utilización, nadie que estuviera al tanto, por supuesto, de los ilustrados beneficios que se les habían atribuido: la referencia a él era obligatoria si de lo que se trataba era de entrar en el juego de brindar soluciones democráticas y razonables a problemas considerados de envergadura mayor. En ese sentido, algunos autores (Rose, 1996 Vázquez; 2005 Rivero, 2005) han llegado a sostener que la sociedad del siglo XX era ya una sociedad claramente psicologizada, vale decir, pensada, reflexionada, problematizada e intervenida en sus diferentes niveles, de conformidad con la gran batería de prácticas y conceptos “psi” que fueron producidos y difundidos desde el siglo XIX en adelante. Una sociedad “psi” ya había sido estabilizada: con sus propios expertos en “interioridad”, doctos en “conducta” o “cognición”, quienes indicaban a importantes cantidades de hombres y mujeres, infantes y ancianos, todo lo relativo al buen o mal funcionamiento de esos objetos desviados de la naturaleza que serían ellos mismos; sociedad “psi” con sus focalizados sujetos de observación y trabajo, todos recibiendo o asimilando sin distancia las continuas indicaciones a menudo inculcadas en la forma-precepto; sociedad “psi”, en fin, con sus propios y particulares emplazamientos de acogida, construcciones imponentes por los que el discurso de lo anormal se daría el trabajo de transitar sin ningún tipo de impedimento y desde donde, por lo mismo, estaría en condiciones de articular objetivos estratégicos.

Ahora bien, la cuasi transparencia con la que pudieron aparecer tanto el discurso como las modalidades prácticas de intervención “psi” durante la época aludida iría perdiendo importantes cuotas de fuerza, de la mano de una serie de cuestionamientos lanzados hacia el corazón mismo de su funcionamiento, es decir, a propósito de interpelaciones no menores que provendrán desde diferentes sitios y configuradas de las más diversas

maneras. En poco tiempo, el dispositivo en cuestión dejaba de presentarse a la sociedad como un mecanismo esencial para el vivir del hombre, o mejor, su propia esencia ya no era visualizada de ese modo, por cuanto el ensamblaje que lo caracterizaba y sostenía comenzaba a causar más sospecha que seguridad. En efecto, producto de una serie de interpelaciones surgidas desde distintos lugares teórico-políticos, y a propósito también de una cantidad no menor de transformaciones sociales, el saber y la práctica emergida desde el discurso psicológico fue fuertemente puesto en entredicho, al tiempo de pasar de ser un decir absolutamente legitimado desde donde poder emitir un juicio con fundamento (discurso con autoridad para enunciar la naturaleza del hombre normal), a ser comprendido como un discurso cada vez más deslegitimado en relación al cual habría que comenzar a ,hablar de manera suspicaz. Rápidamente cada una de sus estrategias teóricas o prácticas dejaron de ser utilizadas como posibles “caballitos de batalla” con los cuales poder contribuir a forjar el sueño moderno, ese sueño que hablaba tanto de la felicidad como del progreso humano; desde este momento dicho dispositivo, antes que ser entendido como una modalidad que tendía a apoyar el mejoramiento de los diferentes tipos de malestar o sufrimiento del hombre, fue más bien comprendido como bloques de contención y mantenimiento de ese orden crudamente afectado, bloque que estaría al servicio de lo que en poco tiempo fue considerado con el adjetivo de “dominación”. Dicho con más claridad, si en principio el “experto en interioridad”, los conceptos “psi” y las modalidades de intervención de lo “anormal” habían sido consideradas como entidades necesarias y pertinentes, en la medida en que cada una de ellas se proyectaba a configurar una libertad ilustrada para el hombre que vive en sociedad, al cabo de un tiempo muchos de estos mismos elementos se transformaron en signos privilegiados de innumerables problemas sociales, pasando incluso a ser comprendidos como parte constituyente de esas mismas problemáticas.

Si bien no hubo solamente una forma de hacer inteligible lo que estaba sucediendo con el dispositivo “psi”<sup>2</sup>, en general existió un trasfondo compartido por cada una de aquellas modalidades de aproximación: en el fondo, desde el punto de vista de la crítica en general, el saber psicológico operaba, por una parte, produciendo un orden social extremadamente desfavorable para los hombres que debían padecer el peso de su ejercicio en la práctica o teoría; y por otra, ese mismo dispositivo utilizaba todos los mecanismos que estuviesen a su alcance para lograr que dicho orden desfavorable se mantuviera en el tiempo, produciéndose a sí mismo y produciendo continuamente los mismos efectos negativos detectados por las perspectivas que interpelan. Es decir, a pesar de las claras y efectivas diferencias que pudieron existir en la particularidad de los planteamientos que depositaron una atención crítica sobre lo “psi”, hubo un telón de fondo que los reunió en un mismo lugar: todos y cada unos de ellos entendieron, durante ese momento histórico, que el dispositivo “psi” hacía funcionar un campo de dominio en que se configuraban condiciones de vida miserables e inadecuadas para mucha gente, al mismo tiempo que subrepticamente hacía perpetuar dicha estructuración utilizando mecanismos del más variado tipo.

2 En la literatura especializada pueden encontrarse tres importantes lecturas de un mismo diagnóstico, tres modalidades de comprensión de este fenómeno que posicionó al dispositivo “psi” del lado de las relaciones de dominación:

- Una lectura “social” de lo acontecido, la cual se articularía alrededor de la noción de “factor” como operador principal (factor económico, político y cultural) para otorgar inteligibilidad a la problematización de lo “psi”. En este tipo de lecturas podemos encontrar tanto a autores de la corriente antipsiquiátrica, al estilo de Basaglia o Cooper, como a pensadores culturalistas como Lasch o Lipovetsky.
- Una lectura “epistemológica” de lo acontecido, la cual se articularía en torno a la triangulación: conocimiento-verdad-realidad para emprender el cuestionamiento de lo “psi”. En esta forma de aproximación encontramos fundamentalmente la perspectiva construccionista en psicología, al estilo de Tomás Ibáñez o Kenneth Gergen.
- Una tercera modalidad de lectura respecto del problema, es la perspectiva “genealógica” elaborada por Michel Foucault, la cual se engarza a partir de una concepción material y productiva del poder y del saber.

## Marco Teórico

### El planteamiento genealógico<sup>3</sup> de Michel Foucault: la materialidad de lo “psi” en tanto poder disciplinario

Una de las modalidades críticas al dispositivo “psi” forjadas a mediados del siglo XX es la que fue elaborada por Michel Foucault (1976), planteamiento que si bien comparte en gran medida el trasfondo que atraviesa a las demás formas de comprensión (la social o la epistemológica), se distancia de ellas en la medida que logra dar cuenta del dominio producido por el dispositivo “psi” no solamente en términos discursivos (–lo cual era una labor emprendida por otras formas de trabajo), sino además poniendo de manifiesto la materialidad misma del “poder” que se encuentra a la base de aquella estructuración. Dicha “materialidad” tiene que ver, para Foucault (1976), con intentar responder no a la pregunta sobre “qué es ese poder de la forma psi” que nació durante el siglo XIX, sino más bien a la pregunta por el “cómo se ejerce concretamente el poder desde el decir psi”, vale decir, cómo funciona, efectivamente, el poder-saber que ha de preocuparse de lo anormal. En este sentido, para el autor francés el “poder”, o su misma puesta en ejecución, no debe nunca ser entendido en términos abstractos, sino por el contrario, en relación a actividades concretas e instrumentos precisos que permiten justamente su despliegue.

3 “Genealogía” es el término utilizado por Michel Foucault desde la década de los setenta en adelante para dar cuenta de la modalidad crítica a utilizar en términos de método. Extraído explícitamente de las consideraciones nietzscheanas acerca de la Historia, dicha forma de labor intenta desnaturalizar las asunciones más arraigadas de la sociedad moderna, vía la identificación tanto de la “emergencia” como de la “procedencia” de las mismas. Se trata, dicho en breve, de intentar desarticular sistemas de pensamiento que operan como control de los hombres utilizando el recurso radical de la historización. Para una aproximación detallada del término y sus objetivos, consúltese el texto de Michel Foucault “*Nietzsche, la genealogía, la historia*”, 1992, Ed. La Piqueta.

Sostiene Michel Foucault que las relaciones de poder-saber que ejerce el dispositivo “psi” responden a una analítica particular que denomina como disciplinaria, analítica que justamente daría cuenta, en su articulación global, tanto de la materialidad del ejercicio de dominio de los hombres como de los efectos que ello comporta. De manera sucinta y esquemática, se pueden identificar cinco operaciones propias de la analítica disciplinaria y un efecto importante.

### **A) Aislar los cuerpos**

En primer lugar, la analítica disciplinaria funciona distribuyendo los cuerpos insanos, y lo hace a partir del aislamiento riguroso de todos y cada uno de los hombres que han llegado a parar a una institución de carácter disciplinario. Para el caso particular del dispositivo “psi”, la institución modelo es el Hospital Psiquiátrico, emplazamiento producido en el siglo XIX que justamente operó una dinámica de separación de los cuerpos ya considerados como anormales o patológicos por parte de los expertos en Tratamiento Moral. En el Hospital Psiquiátrico, sostiene Foucault (1975), lo que se actualiza es una estricta división de las zonas, se trata de un espacio que “tiende a dividirse en tantas parcelas como cuerpos” (p. 147). En la operación disciplinaria ideal, los cuerpos de los hombres no se confunden, no se tocan, no se enfrentan, no se entrelazan unos con otros en el campo que su estadía permite: aquel deambular mezclados por los recovecos de las edificaciones “soberanas” ha quedado en el pasado; hoy, a diferencia de ayer, no hay junturas posibles para los hombres recluidos, no hay agregación permitida ni enredos que valgan, solamente el aislamiento fulminante de sus presencias insidiosas y la separación de sus corazones. En consonancia con lo anterior, la arquitectura disciplinaria posibilita, permite, incita, facilita movimientos siempre regulados de los hombres que la habitan, desplazamientos ordenados de los sujetos encerrados respecto de las posiciones que ocupan. En efecto, con el prin-

cipio de la localización elemental y la división de zonas no se trata únicamente de impedir que esto o lo otro suceda, sino de hacer que ciertas acciones sean llevadas a cabo de conformidad con lo que la posición permite: la “posición” ocupada, el lugar al interior del Hospital Psiquiátrico funciona a la vez como sistema de localización de los sujetos y como promotor de relaciones particulares.

### **B) Programar los cuerpos anormales**

En segundo lugar la analítica disciplinaria despliega una programación. Se trata de una modalidad de dominio que nuevamente implica a los cuerpos anormales, pero esta vez incorpora el operador “tiempo”, el cual facilita y lleva al extremo dicha operación de programación. Cada cuerpo insano ha de funcionar del modo más adecuado, con la mayor utilidad posible, intentando llegar a una suerte de óptimo inmejorable: cada movimiento del hombre encerrado y disciplinado debe estar absolutamente conectado con los demás, cada gesto debe estar en absoluta coordinación. En el Hospital Psiquiátrico, sostiene Foucault (1975), hay que caminar, hacerlo por los largos y oscuros pabellones, por los inhóspitos talleres, caminar, por cierto, pero hacerlo en un tiempo determinado y con un ritmo estrictamente establecido: caminar bien; utilizar los brazos para lograr aquello que se ha estipulado lograr, las manos, pero hacerlo utilizando los mejores movimientos a los que se pueda llegar, las mejores articulaciones y combinaciones entre los componentes corporales para dar con el objetivo. Apreciada con detenimiento, la relación que se encuentra de base es la de la utilidad y la eficacia: “El buen empleo del cuerpo, que permite el buen empleo del tiempo, nada de permanecer ocioso o inútil” (Foucault, 1975, p. 156).

### **C) Engranar los cuerpos anormales**

En tercer lugar, la analítica disciplinaria opera un engranaje de aquello que aísla y programa, vale decir, actualiza unas combinaciones perfectas e

infinitas a propósito de los movimientos de los cuerpos desviados y recludos en las instituciones disciplinarias. De esta forma, los hombres que serán incorporados a los sitios de encierro, en las "casas de orates" o manicomios, dejarán de ser comprendidos y tratados como cuerpos-masas, como cuerpos con posibilidad de enredarse unos en otros, para pasar a ser entendidos como fuerzas posibles de articular. Los sujetos que habitan los sitios de internamiento psiquiátrico, por ejemplo, no son más que simples "individuos" encargados de tal o cual actividad, o simples receptores de Tratamiento Moral; son también, y en mayor medida, partes elementales de un todo que eventualmente puede componer una maquinaria: son componentes o "piezas múltiples que se desplazan las unas respecto de las otras, para llegar a una configuración y obtener un resultado específico" (Foucault, 1975, p. 166).

#### D) Vigilar la desviación anormal

En cuarto lugar, la estrategia de materialización del poder disciplinario dice estricta relación con lo que Foucault (1975) llama vigilancia de los hombres de vidas infames. El aislamiento del anormal, la búsqueda de su óptimo en términos corporales, su engranaje al interior de una máquina mayor, no pueden ser efectivos sino a condición de mantener a los hombres en un estricto estado de vigilancia. Respecto del insano, ver todo, ver siempre. En efecto, el hecho de mirar, de observar, de ver, se torna perentorio en relación a las finalidades a perseguir. En el marco de dicha operación disciplinaria se torna indispensable mirar al loco, pero aquello que se dispone a ser visto es justamente el variopinto y heterogéneo mundo de objetos y hombres sobre los que se desea intervenir disciplinariamente desde el dispositivo "psi". El poder en despliegue aquí a los desviados ilumina, estos son los que se verán identificados por unas cuantas observaciones-expertas. Se apreciará rigurosamente todo: la adecuada ocupación del lugar que se le ha asignado, la apropiada distancia que se les ha encomendado mantener respecto de

otros sujetos, la funcionalidad de sus actos ordenados a ejecutar, la calidad de sus gestos, la eficiencia de sus hábitos y la utilidad de sus aptitudes; se observará minuciosamente el tránsito que han de realizar al interior de los espacios y el ritmo impreso que mantienen para hacerlo; se atenderá ópticamente a las articulaciones emprendidas por ellos, a todas las que están posibilitadas de hacer y también a todas aquellas que por alguna razón se encuentran obstaculizadas; se apreciarán además constantemente sus cuerpos, la movilidad que presentan, la docilidad que han podido adquirir al interior del lugar de encierro, a la vez que el tiempo relativo en que han podido hacerlo. En realidad, "El aparato disciplinario perfecto permitirá a una sola mirada verlo todo permanentemente" (Foucault, 1975, p. 178).

#### E) Examinar al anormal

En quinto término, la analítica disciplinaria no pudo emprender su accionar sobre los cuerpos anormales sino poniendo en marcha mecanismos que son estrictamente del orden del saber, vale decir, haciendo funcionar lo que fue denominado con el nombre de "examen". Se trata de un procedimiento particular de extracción de conocimiento, cuya función principal es la de articular los procesos de vigilancia de los anormales y la sanción de los mismos. Ahora bien, como se dijo, el "examen" es un procedimiento relativo al saber, es una relación de forma que se articula con relaciones de poder, tal y como también podía presentarse la operación indagatoria propia de una lógica soberana; sin embargo, no es un mecanismo técnico que responda a la necesidad de establecer si una "acción" efectuada por alguien está conforme o no con el "pacto" estipulado, con el contrato elaborado; antes bien, se trata una modalidad técnica, un instrumento, que con su ejercicio mismo intenta identificar si un "sujeto" determinado se mueve o no respecto a una norma establecida. En el "examen" no importa tanto el "hecho" que ha sido realizado y su perfecta investigación, cuanto a la "virtualidad" de que un "sujeto" pueda acometer

cualquier acto justamente dadas las características que el mismo comporta, esto es, dada su peligrosidad en tanto anormal. En el examen “psi” desplegado en la analítica disciplinaria se comenzará a privilegiar al sujeto como foco de estudio; es en relación a él que habrá que extraer conocimiento para determinar la posibilidad, la probabilidad, de que ese mismo sujeto realice algún tipo de actividad desviada. Con el examen se hace inteligible el gesto del sujeto, sus aptitudes, su “biografía”, su inteligencia, su motivación, sus pasiones, sus dramas; todos y cada uno de ellos serán objeto de rigurosa examinación, serán los aspectos que se objetivarán entrando en un campo de examinación. No se trata de una inspección ocasional, esporádica, que dependa solamente del hecho efectivo de que exista un demandante y un demandado, es decir, una inspección fortuita relativa a la existencia de algún tipo de “infracción”; con el mecanismo del examen lo que se opera es una inspección del sujeto constante y prolongada, invariable en términos de su ejecución y extendida en términos de su durabilidad. El sujeto de examen, el hombre anormal e indisciplinado, debe pasar horas en proceso de examinación, días enteros sometido a la mirada de aquel o aquello que está en condiciones de elaborar un decir sobre ese objeto particular, objeto que, valga la redundancia, ha sido objetivado en el proceso de examinación. Examinar día a día el estado mental del sujeto, su desarrollo, sus avances y retrocesos, sus melancolías, sus pensamientos, sus deseos; examinar qué dice, cómo lo dice, examinar también todos sus silencios: “La inspección de otro tiempo, discontinua y rápida, se ha transformado en una observación regular que pone al enfermo en situación de examen casi perpetuo” (Foucault, 1976, p. 191).

## F) Sujeción

Ahora bien, uno de los efectos más complejos, a la vez que aberrante, dado por la puesta en juego global de las disciplinas, y que fue alimentada de principio a fin por el dispositivo “psi”, fue la configuración de una relación de poder y de saber

denominada sujeción. Como se ha indicado en apartados anteriores, las relaciones de poder-saber de la sociedad disciplinaria, materializada en el dispositivo “psi” de la época, se presentan ante todo como modalidades de dominio que *producen* entidades, que *elaboran* elementos, construyen, articulan situaciones posibles para los hombres en fin, son relaciones de fuerza y forma que arman y rearman en el curso de su puesta en acción.

Desde el punto de vista de Michel Foucault (1983), una de las producciones más importantes es la del sujeto mismo, o para ser más exacto, la producción de sujeción en el curso mismo de la puesta en marcha de la analítica disciplinarias. Se trata de la fabricación de hombres, esos mismos hombres que a menudo habitaron las instituciones disciplinarias más características del siglo XX. En función de una lectura del sujeto como *efecto* del ensamblaje heterogéneo de relaciones de fuerza y forma (“dispositivo”, diría acaso Foucault), el autor francés sostendrá que lo que producirán las disciplinas serán hombres, hombres de carne y hueso, pero con la característica particular (particular por sus consecuencias) de ser hombres “sujetos”. El hombre que habita cada una de las instituciones disciplinarias es para Foucault un hombre a-sujetado, una entidad en constante sujeción dada la misma analítica en juego. Pero, ¿qué quiere decir esto? Esto quiere decir que las relaciones de poder y saber que se generan y se forjan al interior de cada una de las modalidades institucionales tiene la facultad, dado el carácter productivo que comportan, de *hacer* hombres sujetos, fabricarlos. La noción de “sujeto” debe ser entendida en función de dos acepciones: de un lado hace referencia al efecto de “dependencia” producida hacia una exterioridad, la que se genera a propósito del mismo poder y del saber; pero de otro, al efecto de estar sujeto a sí mismo, lo cual también es propiciado por consecuencia de la puesta en escena de relaciones de fuerza y forma. Más claramente: las disciplinas producen derechamente, y con su mismo ejercicio al sujeto, en los dos sentidos de la palabra. En primer término, lo producen como sujeto a otro distinto de



sí, el que puede presentar diferentes apariencias y aspectos. En este sentido, casi todo el aparataje material brindaría elementos necesarios para tal operación. El hombre es "sujetado" a una localización exhaustiva de su cuerpo por medio de lo que se ha denominado división de zonas, las que aferran al hombre a estar asentado en una posición u otra, posición que está las más de las veces prescrita y reglamentada hasta en su más mínimo detalle. Sujeto a la posición: el enfermo mental debe estar posicionado en el lugar que le sea indicado para llevar a cabo el tratamiento moral. En segundo lugar, el hombre es a-sujetado a un continuo proceso de "ejercitación" que le es impuesto día a día en la institución que lo alberga, a un *continuum* de actividades que lo implican corporalmente. Por otra parte, el hombre debe estar sujeto a sí mismo, o para ser más exacto, a la "identidad" que le es entregada desde otro lugar. Acá la sujeción opera vía reconocimiento del hombre en lo que de sí se ha estipulado, vale decir, en el discurso que respecto de él mismo se ha generado. Las modalidades predilectas para efectuar este tipo de sujeción son la producción de "categorías" y la "examinación" del sujeto.

En concreto, la sujeción marca, ficha, posiciona, jerarquiza, vigila, identifica, inscribe las relaciones de poder en el cuerpo y en el alma. Pero también juzga, castiga, examina, hace ver al hombre en cuestión como un simple ente pasivo que ha de recibir sin dar nada a cambio, hombre que en el deambular institucional ha de absorber: recibirá saber en la forma de la inculcación, recibirá tratamiento en la forma del ejercicio, recibirá lecciones en la forma del castigo; en este sentido lo torna sujeto-pasivo. Un sujeto es ante todo una pasividad o, para ser más exacto, una movilidad que solo emprende acciones en la medida, que la sujeción opera: la actividad de localizarse, de laborar, de aprender un determinado valor, es una acción, en efecto, pero que emerge siempre solo a consecuencia de la puesta en efectivo funcionamiento de una normalización. A la base hay castigos y recompensas, premios implícitos, objetivos y tácticas en funcionamiento. En una

palabra, a la base hay funcionando procesos de dominio que elaboran posibilidades de acción para los mismos anormales (Foucault, 1983).

### **El des-uso de las disciplinas: el planteamiento de Gilles Deleuze**

Ahora bien, en los últimos años han emergido con fuerza unos discursos teóricos que no han cesado de interpelarnos, unos discursos que enuncian imperiosamente la necesidad de emprender el trabajo de detección de las lógicas del poder contemporáneo que se ejercen sobre la vida en sociedad, pero atendiendo con ello a las *nuevas formas en las que este mismo dominio está siendo articulado*. Cada uno a su manera, dirigen nuestra atención en una dirección clara pero que no deja de provocar al mismo tiempo una importante tensión.

Dirección clara, por una parte, puesto que sin titubeo alguno nos exhortan a continuar el trabajo realizado por pensadores que ya no están con nosotros, pero que con su obra han dejado importantes herramientas para proseguir sin descanso el trabajo de elaboración de un pensamiento que tome por objeto los procesos respecto de los cuales muchos hombres sufren de sujeción en la actualidad; pero tensa, por otro lado, puesto que en su incitación hacia nosotros incorporan un elemento de precaución que nadie puede obviar, nadie por lo menos que asuma la complejidad del momento actual en el que el pensamiento crítico se encuentra subsumido.

La precaución: ya no nos encontramos habiendo la misma sociedad que hace poco más de cincuenta años nos albergaba, o lo que sería lo mismo, la relaciones de poder que se encuentran actualizadas hoy se presentan como relaciones y configuraciones profundamente diferentes respecto de las que se habrían conocido en tiempos anteriores, tiempos en los que justamente las tres perspectivas que ligaron dominio social a lógica "psi" habían encontrado su condición histórica de

posibilidad. La sociedad ha cambiando de manera sustancial, y al parecer las formas de problematización que en otro tiempo fueron erigidas con encomiable empeño hoy encuentran pocas palabras para conceptualizar los que sucede.

En este marco de consideraciones es que emerge el concepto de “control”, término popularizado por Gilles Deleuze a finales del siglo pasado, y que justamente vendría a dar un marco de inteligibilidad a las nuevas confirmaciones que el poder habría tomado.

Deleuze (1990) es al respecto claro y directo: el poder disciplinario, tal y como había podido ser identificado por Michel Foucault en los distintos estudios que elaboró al respecto, sufría una crisis, una crisis importante “en beneficio de nuevas fuerzas que se irán instalando lentamente, y que precipitarán después de la Segunda Guerra Mundial” (p.1). Desde el punto de vista de Deleuze, la sociedad disciplinaria se habría convertido en lo que inextricablemente ya no éramos, en lo que lentamente dejábamos de ser en provecho de la instalación de nuevas modalidades de organización para la sociedad, modalidades nuevas que eran del orden del dominio: las disciplinas a las que los hombres estuvieron sujetos por lo menos durante dos siglos serían el corolario de nuestro más actual pasado, pero de todas formas, de un *pasado*.

El diagnóstico de Deleuze (1990) decía relación con la identificación de una verdadera crisis en el interior mismo del poder disciplinario, de una importante crisis en su corazón. “Estamos en una crisis generalizada de todos los lugares de encierro: prisión, hospital, fábrica, escuela, familia. La familia es un interior en crisis como todos los interiores, escolares, profesionales, etc.” (Deleuze, 1990, p. 1).

La “prisión” pareciera no ser más lo que habían identificado idealmente los teóricos del panóptico; pareciera que el dominio de los legalismos y desviaciones civiles que incurrirían en el ámbito de lo penal habrían de comenzar a ser

gestionados de otro modo, con otras estrategias y otras tecnologías de saber y poder. La “escuela” tampoco parecía seguir siendo identificaba con aquella estructura institucional en donde una educación “normal” era entregada a todos los alumnos que la habitaban, pues lentamente su propia lógica interna se veía mermada. No se trataba ya del maestro que guiaba al alumno durante el período de duración de los estudios, duración que estaba estipulada claramente y de antemano; en el marco de la nueva economía de las relaciones de poder, sostiene Deleuze (1991), la educación debe ser continua, sin paros, educación para siempre. El “taller”, por otro lado, junto a las anteriores formas emblemáticas en las que lo disciplinario había podido instalarse, parecía sufrir también modificaciones importantes, modificaciones incluso más evidentes que las que se habían podido generar en esos otros establecimientos o instituciones. Lo que se pudo conocer como “taylorismo” y, posteriormente, como “fordismo”, racionalidades propias de la organización disciplinaria al interior de la fábrica, parecían no ser más unas lógicas válidas para los objetivos del mismo sistema; antes bien, eran evidenciadas como un importante obstáculo que había que sortear si lo que se quería era adaptarse a las nuevas lógicas del capital y su producción vía proliferación de mercados a la carta. No más producción en serie, no más vigilancia extrema y externa, no más jornadas laborales extenuantes, no más horarios de trabajo rígidos y absolutamente estructurados; gracias al apoyo del agenciamiento de nuevas tecnologías, una suerte de flexibilización en el orden del trabajo parece inundar cada una de las particularidades con las que se compone.

Según los autores que han podido trabajar este tema de las nuevas configuraciones del poder (Deleuze, 1990; Rose, 1996; Tirado, 2001; Rivero, 2005; Lazzarato, 2006; Castro, 2008; Di Giorgi, 2006; Vázquez, 2005), cuando el siglo XX veía aparecer ya su último tercio de existencia, esta nueva lógica ya se había podido asentar sin problemas en muchos de los ámbitos por los que transitan cotidianamente los hombres, también en

aquellos que son catalogados como de “excepcionalidad”, como lo son las cárceles o los hospitales. En este sentido, Deleuze (1991) afirma:

“Son las sociedades de *control* las que están reemplazando a las sociedades disciplinarias” (la cursiva es mía, p. 1).

Es este nuevo poder de “control”, tal como Deleuze lo ha presentado, el que desde mediados del siglo pasado ha comenzado a investir nuestra vida; él es el que hasta el día de hoy penetra nuestras relaciones cotidianas de vida y nuestras formas de estar en el mundo.

### **La lógica del control: deslocalizar, acelerar, flexibilizar las relaciones de poder-saber**

Así mismo como la analítica de disciplina mantiene a la base una lógica de trabajo, lógica dentro de la cual los dispositivos “psi” mantuvieron una importante función, puede sostenerse que el “control”, en el sentido dado por Deleuze al término, también mantiene tipo de funcionamiento específico, y que lo diferencia radicalmente del anterior.

#### **A) Deslocalizar**

En primer término, el “control” opera una deslocalización de las relaciones de poder-saber. Habíamos podido apreciar que en lo que respecta a la sociedad disciplinaria, la operación de “localizar” a los hombres para la optimización de sus actividades se tornó una operación imprescindible de actualizar. Pues bien, en la sociedad post-disciplinaria todo eso sufre una modificación importante, y si bien no podemos hablar de una desaparición completa de las antiguas formas de “localización”, lo que sí podemos sostener es una contante “deslocalización” tanto de los sujetos sobre los cuales el poder se ejerce como del mismo poder que se actualiza en torno de él.

Cuando es el “control” el que opera intensamente, cada vez menos se incita a mantener la estabilidad sitiada, cada vez menos se aprecia ese llamado hacia la “concentración” en emplazamientos que eran característicos de las formas de dominio disciplinario; hoy por hoy, en mucha menor medida, se prescribe el comportamiento de los hombres en función del mantenimiento en un solo lugar, en un solo sitio, sin separarse de él. De hecho, esos mismos lugares que antaño habían funcionado para tales fines están difuminándose, desapareciendo en su forma clásica, para lentamente tomar otra.

En la actualidad las paredes, las altas e imponentes murallas que habían servido tanto para la organización del dominio de los hombres como para lograr el mantenimiento en el tiempo, dada la materialidad que mantuvo, parecen derrumbarse; poco a poco se desmoronan, como si su material hubiese perecido o sufrido una suerte de vencimiento. El poder de “control”, ese poder actual que nos ha comenzado a atravesar desde hace no mucho tiempo, pareciera requerir cada vez menos de esas pesadas piedras, de esos altos muros y paredes, pareciera cada vez menos necesitar de firmes edificios en los que albergar la indisciplina y la anormalidad, o, si eventualmente los necesita, solo lo es secundariamente y a modo de añadidura (Tirado, 2001). Por el contrario, existe una suerte de imperativo a no aferrarse a los lugares, a funcionar sobre todo “al aire libre” (Deleuze, 1990); se trata de un poder que opera más por “circulación”, en un campo abierto, que por estabilidad al interior de un sitio bien circunscrito y cerrado; en la actualidad el poder que es puesto en liza para el “control” de los hombres es más bien un poder que hace imperativo el hecho de “desplazarse”, de “moverse”, de “trasladarse”, de circular desde un punto a otro, de transitar por distintos lugares sin establecerse en ninguno que sea de mayor relevancia que otro, lo cual hace que este justamente no se detenga en su movilidad.

El dispositivo “psi” de nuestro tiempo no es ajeno a esta modalidad de poder que ha descrito

Deleuze (1990), más bien encuentra cabida en él acoplándose perfectamente para hacerlo funcionar. Desde este punto de vista, el saber “psi” circula, se moviliza, transita aún con más ímpetu que antes, pero lo hace participando de sitios diferentes, de lugares “otros” en relación a los que habían sido configurados precedentemente para tal cometido.

Si antaño el poder-saber psicológico solo circulaba al interior del espacio que alojaba al alumno, al enfermo mental o al obrero, hoy es sobre todo en su exterioridad, y a propósito de instancias sumamente diferentes, que el saber “psi” emprenderá viaje y recorrido.

Los autores consultados nos proveen de una lista importante de instituciones que darían cuenta de dicha modificación. Hoy por hoy, el saber “psi” circula tranquilamente al interior de lo que sería el “ejército”, en donde se lo requeriría para la formación de los soldados o infantería; se moviliza también por los espacios que constituyen las instituciones de “propaganda” o “marketing”, donde sería utilizado y articulado con los elementos propios de la gestión de los “deseos” y los “intereses” de las “personas”; se puede reconocer la movilización del conocimiento “psi” en lo que actualmente se conoce como forma “empresa” (particularmente lo que se ha denominado departamento de recursos humanos) (Rose, 1996), siendo utilizado para alinear los intereses de estamentos gerenciales con ciertas expectativas de los mismos empleados. Y la lista continúa. El saber “psi” hoy se desplaza sin mayores inconvenientes al interior de los circuitos de la forma familia en desarticulación, entre los recovecos que constituyen esa familia actual que se encontraría en crisis, lo cual implica la intervención de este conocimiento, por ejemplo, en lo que respecta a las modalidades de cuidado de la “infancia” o la “niñez”, de la “sexualidad”, hasta las modalidades de gestión y administración de lo que sería la misma “vejez” (Vázquez, 2005).

En todo caso, una cosa parece tornarse evidente: “todos estos escenarios y muchos otros

se encuentran hoy impregnados de y por unas prácticas y unos discursos psi” (Vázquez, 2005, p.298), lo cual significaría por lo menos una cuestión importantes: este tipo de decir o, más bien, la propia circulación de su decir hoy ya no conoce “límite”, ya no se ve confrontada en la actualidad a ninguna instancia que aparezca ante ella como una respecto de la cual habría de detenerse. En realidad, se trata de un fenómeno en que ya no hay “interioridad” que funcione como campo predilecto para la actualización de sus cometidos; es el campo de la sociedad completa, en su extensión y lisura, en su heterogeneidad y carácter amorfo’ que el saber “psi” operará, por donde le será posible moverse, articulándose con los mas diferenciados elementos.

## B) Acelerar

En segundo término, el “control” opera una aceleración de las relaciones de poder-saber, la que, según Deleuze (1990), tiene que ver en lo fundamental con una modificación del operador “tiempo”, operador que antaño había funcionado también como elemento de dominio de los hombres y la sociedad, pero que en la actualidad habría sufrido cambios importantes.

Y su diferencia dice relación sobre todo con la trepidante “celeridad” que le ha sido impresa para la articulación del mundo contemporáneo, para su instauración en las actividades actuales que los hombres llevan a cabo en su cotidianidad, en sus relaciones entre sí y aquellas a partir de las cuales el mundo se compone; se requiere, hoy como ayer, de “tiempo”, de “temporalidad”, pero este mismo tiempo y temporalidad son entidades distintas.

Nos encontramos hoy ante un tiempo al que hay que sacar partido, ante un tiempo al que hay que sacarle rendimiento, puesto que pareciera agotarse prontamente y esfumarse con rapidez. El “tiempo” que se articula en las nuevas sociedades de “control” es uno que parece siempre estar en

falta, un elemento que parece ser un faltante entre los elementos de la vida contemporánea, al punto de que, hoy por hoy, como se dice, el "tiempo" es una entidad que hay que ganarse. Si antaño los tiempos eran otorgados por una institución disciplinaria que lo propiciaba y configuraba de la manera más funcional posible, hoy, en cuanto el dominio de los hombres es suscitado de manera post-disciplinaria, el "tiempo" parece ser una entidad cada vez más "volátil", "escurridiza" y "dinámica", tanto que parecer escapar de las posibilidades concretas de asirlo. Intentar "tener tiempo", intentar "hacerse de tiempo", intentar "ganar tiempo", son hoy algunas de las características principales de nuestra actualidad, características que se han transformado en una lucha constante por "tener" ese tan preciado elemento: se ha vuelto un valor por el que competir.

De ahí que la "rapidez" o la "celeridad" sea, tal vez, la mejor de las características de este tiempo actual, entendido como una entidad importante al interior de la lógica contemporánea de "control": tiempo rápido, veloz, trepidante, acelerado, dinámico, un tiempo que no conoce la cualidad de lo calmo, la riqueza de lo apaciguado. Al contrario, hoy lo que se requiere es la "celeridad" absoluta de los tiempos, su apabullante y vertiginoso andar en los diferentes espacios que articulan la sociedad.

Nuevamente, es posible identificar una filiación importante que liga las relaciones de poder en la hora actual y los dispositivos "psi" que nos son contemporáneos. En lo que respecta al punto de la celeridad, el dispositivo "psi" ha intervenido al nivel de la producción de un sujeto que ha difundido por doquier, justamente en la medida en que cuaja perfectamente con el ideario de una sociedad en que las relaciones de poder no conocen otro movimiento que el extremadamente dinámico. Y justamente, será la "persona" quien al mismo tiempo, tendrá que hacer operar dicha dinamicidad al nivel de las relaciones cotidianas en la sociedad, a la vez que perpetuarlas en el tiempo por sitios diferenciados. Como sostiene Rogers (1977), se trata "de una persona que está

consciente de que está en continua progresión, en constante cambio" (p. 242).

Así, la "persona" que surge al interior de ese discurso psicológico hoy tan popularizado tiene que ser una persona cambiante: debe arriesgarse al cambio, enfrentarse con coraje a la mudanza de sí hacia otros espacios, tiene que ser por lo tanto una persona que pueda aceptarlo, reconocerlo como un punto que ella misma debe hacer parte suya, en este sentido; el cambio veloz debe ser incorporado como aspecto de sí, justamente porque la persona ha de estar, ella misma, cambiando, modificándose perpetuamente.

### C) Flexibilizar

En el marco de la sociedad de "control", en tercer lugar, se efectúa una flexibilización de las relaciones de poder y de saber. Cabe destacar, sin embargo, que no se trata acá de un suavizamiento progresivo de los castigos hacia los hombres "anormales", no se trata de un ablandamiento de unas modalidades terroríficas e irracionales en beneficio de la actualización de otras más o menos racionales, sino, como antes, de una nueva economía de los tratamientos ligados a una forma de dominio que hemos denominado "control" (Deleuze 1990). Es al interior esta nueva economía de tratamiento que lo que hemos llamado "flexibilización" ha podido manifestarse de manera más o menos clara.

Lo anterior puede ejemplificarse a partir de dos fenómenos contemporáneos en auge.

En primer lugar, se trata de uno relativo a la disminución importante de la operación de normalización, en el sentido más clásico del término (Pérez, 2008; Rivero, 2005; Vázquez, 2005). En efecto, pareciera que hoy más que nunca la "norma" disciplinaria adolece de la preponderancia atribuida a su mecanismo en períodos precedentes; pareciera que, aun cuando ella es utilizada nominalmente en muchos de

los lugares con los que se compone el tejido de nuestra sociedad, esta ha cambiado lentamente de rostro, metamorfoseándose tanto en su forma como en contenido. Entendámonos bien: en el “control” contemporáneo no hay menos norma o normalización, como podría pensarse a propósito del mundo de la “nueva tolerancia” en el que hace algún tiempo nos encontramos viviendo, sino una modalidad normalizadora diferente, caracterizada más por la “flexibilidad” de sus “posiciones”, “distribuciones” y, por lo tanto, de sus “clasificaciones”, que por su “rigidez” y “severidad”; vale decir, caracterizada en la sociedad actual más por lo que permite aparecer y actuar, que por lo que propicia estabilizar, fijar, y dejar fuera de juego.

Lo anterior es posible argüirlo fundamentalmente en dos sentidos. En primer lugar, por cuanto en la sociedad de “control” se visualiza de sobremanera una “variedad” de micro-normas operando por todos lados y en relación a una cantidad importante de campos relacionales, y no, como antaño, “una” sola norma general que funcionaría como estructura ampliada dentro de la que deberían insertarse las desviaciones detectadas vía examinación; y en segundo lugar, por cuanto las “clasificaciones” requeridas para dar cuenta de las mismas posiciones o lugares asignados a los anormales (en realidad para dar cuenta del ser mismos de aquellas aberraciones) habrían sufrido una importante “laxitud” (Pérez, 2008).

En segundo lugar, el componente de la “flexibilidad” como elemento interno a las relaciones de poder-saber en el marco de la sociedad de control puede efectivamente ser ejemplificados de acuerdo a los novedosos procedimientos, de trabajo surgidos, de epistemologías psicológicas denominadas no directivas (Rivero, 2005), modalidades procedimentales radicalmente diferentes si se las compara a las predecesoras.

Recordemos que en el marco de la sociedad disciplinaria descrita por Michel Foucault (1975), la forma “psi” había configurado toda

una modalidad de trabajo práctico e intervención sobre los cuerpos anormales, el que fue implementado en distintos lugares del mundo bajo el nombre de Tratamiento Moral, el cual mantenía a la base ciertos objetivos: corrección, reforma, encausamiento de la naturaleza desviada o patológica. Pues bien, de la inquietud socio-histórica por el enderezamiento de lo anormal, hemos pasado a la actual búsqueda de lo que se ha dado en llamar “autoconocimiento”, “crecimiento” o “autodeterminación” del individuo, o también “autorrealización” de la persona. Así, ya no se trataría, desde este enfoque, de hacer que la naturaleza “desviada”, “patológica”, “enferma” del hombre enclaustrado sea “encausada”, tal y como lo había estipulado la racionalidad del siglo XIX, sino de “facilitar” que la persona pueda lentamente desarrollarse a sí misma, siempre en un grado más alto, de propiciar que el individuo pueda optar siempre a niveles cada vez más incrementados de “bienestar existencial completo” (Riveros, 2005). En la actualidad, antes de impulsar un trabajo tendiente a lograr que los cuerpos de los hombres insanos sean “corregidos”, se trataría de impulsar diversos elementos tendientes a facilitar el hecho de que cada persona logre un “crecimiento” ininterrumpido de sí, un “equilibrio” perpetuo en lo que respecta a sus propias actitudes, sus personales pensamientos, sus íntimos deseos, expectativas e intereses.

No hay, en este sentido, “reajuste” que actualizar respecto de algún estado patológico padecido por el hombre; se está en presencia más bien de la puesta en funcionamiento de un trabajo que intenta proveer a la persona misma, a todo individuo, los aspectos necesarios que puedan efectuar, por sí mismos, un incremento en el “bienestar personal” o el “equilibrio de su alma”. “La terapia constituye unos de los medios más importantes para proporcionar condiciones externas que hagan efectiva la tendencia hacia la plena autorrealización” (Rogers, 1977, p. 73). La corrección ha cedido paso al crecimiento, el disciplinamiento al acompañamiento “psi”.

## Discusión y consideraciones finales

¿De qué se ha tratado en el presente trabajo? ¿Cuál es el espíritu que lo trasciende, y que al mismo tiempo lo alimenta? Básicamente se ha intentado diferenciar, hacer distinciones y comparar ciertas formas conceptuales y teóricas que nos han permitido visualizar cambios importantes en el curso de la sociedad y el papel que al interior de esos mismos cambios ha tenido una disciplina como la psicología, o mejor, cierto tipo de psicología. Pero, ¿solamente se trata de eso? En absoluto: nada del trabajo emprendido hubiese tenido sentido sin que un diagnóstico preliminar y una convicción teórico-política no estuvieran circulando por cada frase o párrafo del escrito. En efecto, no se trata de acumular saber, sino de comprender que el tipo de sociedad en el que nos encontramos viviendo dista bastante de ser una sociedad en la que sus habitantes, nosotros mismos, que estudiamos o ejercemos alguna profesión, seamos felices; vale decir, se aleja infinitamente de ser un tipo de estructuración social en que los hombres puedan llevar efectivamente una existencia ética y políticamente vivible.

El diagnóstico sugiere que toda sociedad siempre está compuesta por relaciones de poder y saber, pero que esas mismas relaciones —que deambulan sin homogeneidad ni estabilización— deben ser historizadas radicalmente para poder comprenderlas en el detalle de su ejercicio. Relaciones de poder-saber historizadas, vale decir, comprendidas siempre como surgidas en un momento o período determinado, y puesta en juego siempre en virtud del funcionamiento de instrumentos concretos que son, las más de las veces, eminentemente materiales. Historizar una relación de poder porque efectivamente comporta, desde el planteamiento aquí utilizado, siempre dar cuenta del cómo, dónde y cuándo es que se pone en práctica una relación de dominio, de tal manera que no se caiga en abstracciones que finalmente hablan de todo pero no dicen nada.

De forma particular, el trabajo presente se ha querido aproximar a una problemática en que justamente se ven involucradas ciertas relaciones sociales, modalidades de poder-saber (psicología) y formas de vida que no necesariamente son consideradas como las más adecuadas ni las más auspiciosas, no por lo menos si es que se participa —como nosotros lo hacemos— de un pensamiento problematizado de la realidad que nos tocó vivir.

Pero en ese mismo camino de aproximación nos hemos encontrado con una tensión: efectivamente las modalidades a partir de las cuales la sociedad había estructurado y reproducido un importante dominio sobre los hombres han cambiado de forma y contenido. Como hemos apreciado en nuestra aproximación al concepto de “control”, son otros los instrumentos que son utilizado, otras las tácticas y, seguramente también, diferentes las estrategias empleadas. Si en principio habíamos comprendido que las relaciones de poder funcionaron disciplinando y reformando a los hombres y poblaciones denominadas como anormales, y que para tal efecto se utilizaron indiscriminadamente los conceptos de la psicología y la psiquiátrica, al mismo tiempo que sus procedimientos prácticos, ¿qué sucede hoy, cuando las estigmatizaciones conceptuales provenientes justamente desde ese campo de saber han ido paulatinamente perdiendo énfasis en virtud de la emergencia de otras categorizaciones más suaves? Y, sí ya nos habíamos hecho la idea, luego de un periodo arduo de dimes y diretes entre importantes intelectuales, de que el quehacer de la psicología, tanto en su práctica como en su teoría, no tendría fundamentalmente hacia la producción de espacios democráticos o tolerantes, ¿cómo afrontar hoy el asunto, cuando justamente los procedimientos de normalización que producían la intolerancia o el totalitarismo se han atenuado importantemente, al tiempo que aparecen como un elemento disminuido en su forma clásica? ¿Qué hacer si justamente lo que en un momento histórico se visualizaba como

un objetivo a perseguir hoy se nos presenta en lo real? En principio tal vez sea prudente tomar una precaución: no cantar victoria apresurada ni suponer que se ha obtenido lo que en otro momento fue considerado como imposible, sino ir a paso lento y preguntar, o lo que sería lo mismo, sospechar de las evidencias aun cuando aparezcan con la fuerza no ya de la razón, sino de la seducción: ¿qué clase de autonomía para el hombre es la que busca producir el discurso psicológico actual? ¿Por qué tanta velocidad en cada uno de los procedimientos utilizados, y al mismo tiempo, por qué se requiere que la “persona” se acople funcionalmente a ese mismo nivel de rapidez? ¿Qué clase de beneficios trae consigo la modificación o el traspaso de una normalización estricta y fuerte hacia una normalización más general y difusa?

En todo caso, la precaución tomada vale toda vez que se considera la densidad de las palabras “participación”, “tolerancia”, “libertad”, “autonomía”, utilizada, hoy por hoy de manera recurrente en el dispositivo “psi” contemporáneo; asimismo, la precaución vale en la medida que se pondera críticamente el estatuto otorgado a la formación de campos democráticos efectivos por parte de ese mismo discurso, que ya no se preocupa de lo anormal. En fin, la precaución cobra absoluto sentido cuando se visualiza con distancia la implantación multitudinaria de conceptos y nociones “psi” casi en todos los espacios de la sociedad, –aconsejando por doquier ya no como debe ser el anormal, sino guiándolo para lograr su crecimiento “personal”–, y se aprecia que en realidad nada de fondo ha cambiado: ni las miserables condiciones de vida, ni las paupérrimas formas de existencia de una cantidad de gente importantísima, ni tampoco las aberrantes modalidades de reproducirlas. A lo sumo se han creado muchas otras para alimentar las relaciones de dominio que estaban estabilizadas, forjando la ilusión –parte del espectacular simulacro en que nos encontramos viviendo– de que cada uno de nosotros podemos construir la realidad a

nuestro antojo. ¿Habrá que insistir en la pregunta ético-política por el quehacer del psicólogo en la sociedad? Tal vez hoy más que nunca.

## Referencias Bibliografía.

**Deleuze, G.** (1990). *Post-scriptum sobre la sociedad de control*. En *Conversaciones 1972-1990* pp. 150-155 Edición electrónica, Escuela de Filosofía, Universidad ARCIS, extraído el 1-9-10 de [www.philosophia.cl](http://www.philosophia.cl) (pdf).

**Di Giorgi, A.** (2006). *El gobierno de la excedencia post-fordismo y control de la multitud*. Traficante de Sueños.

**Foucault, M.** (1975). *Vigilar y Castigar. El nacimiento de la prisión*. F.C.E.

**Foucault, M.** (1976). *Historia de la sexualidad*. Tomo 1, *La voluntad de saber*. Siglo veintiuno.

**Foucault, M.** (1983). *El sujeto y el poder*. Edición electrónica, Escuela de Filosofía, Universidad ARCIS, extraído el 18-2-11 de [www.philosophia.cl](http://www.philosophia.cl) (pdf).

**Gergen, K.** (2006). *Yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Paidós.

**Lasch, C.** (1980). *La cultura del narcisismo*. Barcelona. Andrés Bello.

**Lazzarato, M.** (2006). *Por una política menos. Acontecimiento y política en las sociedades del control*. Traficante de Sueños.

**Lipovetsky, G.** (2002). *La era del vacío. Ensayo sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona. Anagrama.

**Martuccelli, D.** (2007). *Cambio de rumbo. La sociedad a escala del individuo*. Santiago, Chile. LOM.

**Pérez, C.** (1996). *Sobre la condición social de la Psicología*. Santiago, Chile. LOM.



**Pérez, C.** (2008) *Para una crítica del poder burocrático. Comunistas otra vez*. Santiago, Chile. LOM.

**Rivero, I.** (2005). *Ciencias PSI, subjetividad y gobierno. Una aproximación genealógica a la producción de subjetividades "psi" en la modernidad*. Tesis doctoral. Universitat Autònoma de Barcelona.

**Rogers, C. y Rosenberg, R.** (1977). *La persona como centro*. Herder.

**Rose, N.** (1996). *Una Historia Crítica de la Psicología*. Capítulo 2. Disponible en [http://caosmosis.cracia.net/wp2pdf/texto\\_de\\_caosmosis.pdf](http://caosmosis.cracia.net/wp2pdf/texto_de_caosmosis.pdf).

**Rose, N.** (2007). "¿La muerte de lo social? Reconfiguración del territorio de gobierno". *Revista Argentina de Sociología*, año/vol. 5, número 8. Buenos Aires, pp. 111-150.

**Soto, M.** (1908). *Organización de escuela para niños anormales*. Servicio Médico Escolar.

**Tirado, Francisco Javier** (2001). *Los objetos y el Acontecimiento. Teoría de la socialidad mínima*. Tesis doctoral. Universitat Autònoma de Barcelona.

**Tirado, F. y Domènech, M.** (2001). "Extituciones: del poder y sus anatomías". *Política y Sociedad*, N° 36, Madrid (pp.191-204).

**Vázquez, G.** (2005). *Tras la autoestima. Variaciones sobre el yo expresivo en la modernidad tardía*. Gaoka.

**Vázquez, G.** (2005). *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España, 1600-1940*. AKAL.